

**FRANKIE Y LA BODA**, de Carson McCullers (fragmento)

El crepúsculo era blanco y duró largo rato. El tiempo en agosto se puede dividir en cuatro partes: mañana, tarde, crepúsculo y noche. En el crepúsculo el cielo se volvía de un extraño color verde azul que rápidamente palidecía hasta el blanco. El aire era de un gris suave, y el emparrado y los árboles iban oscureciendo lentamente. Era la hora en que se reunían los gorriones y revoloteaban alrededor de los tejados del pueblo, y en que en los ensombrecidos álamos que bordeaban la calle se oía el canto agosteño de las cigarras. Los ruidos, en el crepúsculo, sonaban como borrosos, y se demoraban: el golpe de una puerta allá en la calle, voces de niños, el chirrido de una máquina de cortar césped en algún jardín. F. Jasmine entró con el periódico de la tarde y la sombra fue llegando a la cocina. Los ángulos de la habitación al principio se oscurecieron, y luego se borraron los dibujos de la pared. Ellos tres observaban en silencio la llegada de la noche.

— El ejército está ya en París.

— Eso está bien.

Se quedaron callados por un rato y luego F. Jasmine dijo:

— Tengo un montón de cosas que hacer. Debería empezar ahora mismo.

Pero, aunque estaba ya en la puerta, no se movió. Aquella última tarde, la última vez que los tres estaban juntos en la cocina, tenía la impresión de que debía hacer o decir algo final antes de marcharse. Durante muchos meses había estado dispuesta a dejar aquella cocina para no volver más; pero, ahora que había llegado el momento, se quedaba allí con la cabeza y el hombro pegados contra el quicio de la puerta, como si no estuviera a punto. Era la hora del oscurecer, cuando las observaciones que hacían tenían un sonido triste y hermoso, aunque no hubiera nada triste ni hermoso en el sentido de las palabras.

F. Jasmine dijo, despacio:

— Esta noche voy a tomar dos baños. Un baño largo con jabón y cepillo para probar a quitarme esa costra oscura de los codos, y luego soltaré el agua sucia y tomaré un segundo baño.

— Es una buena idea —dijo Berenice—. Me gustará verte limpia.

— Yo también me voy a bañar —dijo John Henry. Su voz era delgada y triste; F.

Jasmine no le podía ver en la oscuridad, porque estaba de pie en el ángulo junto al fogón. A las siete Berenice le había bañado y vestido nuevamente con su pantalón corto. Su prima le oyó moverse con cuidado por la habitación, porque después del baño se había puesto el sombrero de Berenice y estaba intentando caminar con los zapatos de tacón alto de ésta. Una vez más él hizo una pregunta que en sí no significaba nada:

— ¿Por qué?

— ¿Por qué, qué, niño? —dijo Berenice.

Él no contestó y fue F. Jasmine quien dijo, por fin:

— ¿Por qué es contrario a la ley cambiarse de nombre? Berenice estaba sentada en una silla, contra la pálida luz blanca de la ventana. Tenía el periódico abierto ante ella, y torcía la cabeza a un lado y hacia abajo, esforzándose para ver lo que allí estaba impreso. Cuando F. Jasmine habló, ella dobló el periódico y lo dejó encima de la mesa.

—Ya te lo puedes figurar —dijo—. Porque sí. Imagínate qué confusión.

—No sé por qué —dijo F. Jasmine.

— ¿Qué tienes encima de los hombros? — replicó Berenice—. Yo creía que era una cabeza. Piensa un poco. Supón que de pronto se me ocurriera llamarme señora Eleanor

Roosevelt. Y que tú empezases a llamarte Joe Louis. Y que John Henry intentara pasar por Henry Ford. ¿No ves ahora la confusión que todo eso produciría?

—No digas bobadas —dijo F. Jasmine—. No es ésa la clase de cambio a que me refiero. Yo quiero decir cambiar un nombre que no te va bien por otro que prefieras. Como yo he cambiado Frankie por F. Jasmine.

—Pues seguiría habiendo confusión —insistió Berenice—. Imagina que todos de pronto tomáramos nombres completamente distintos. Nadie sabría nunca de quién se está hablando. Todo el mundo se volvería loco.

—No veo por qué...

—Porque alrededor del nombre de uno se amontonan las cosas— dijo Berenice—. Tú tienes un nombre y te van ocurriendo cosas una después de otra, y tú te portas de variadas maneras y haces eso y aquello, de modo que el nombre empieza pronto a tener una significación. Las cosas se han ido juntando alrededor del nombre. Si es malo y tienes mala reputación, no puedes salir de tu nombre y escapar así como así. Y si es bueno y tienes buena reputación, debes estar contenta y satisfecha.

—Pero ¿qué tengo yo amontonado alrededor de mi antiguo nombre? —preguntó F. Jasmine. Entonces, como Berenice no contestó en seguida, la propia F. Jasmine contestó a su pregunta—: Nada. ¿Lo ves? Mi nombre no significa absolutamente nada.

—Verás. No es exactamente así —replicó Berenice—. La gente piensa en Frankie Addams y esto le hace recordar que Frankie terminó la sección B del séptimo grado. Y Frankie encontró el huevo de oro en la última Pascua baptista. Y Frankie vive en Grove Street y...

—Pero esas cosas no son nada —dijo F. Jasmine—. ¿Comprendes? No tienen ningún valor. A mí nunca me ha pasado nada.

—Pero te pasará —dijo Berenice—. Ocurrirán cosas.

—¿Qué? —preguntó F. Jasmine. Berenice suspiró y se buscó en el pecho el paquete de Chesterfield:

— Me estás pinchando de ese modo y yo no te puedo decir nada con seguridad. Si pudiera, sería adivina. Y no estaría ahora sentada aquí en esta cocina, sino viviendo tan ricamente en Wall Street como adivinadora. Todo lo que puedo decirte es que pasarán cosas. Exactamente cuáles, no lo sé.

— A propósito —dijo F. Jasmine al cabo de poco—. Se me ha ocurrido que tengo que pasar por tu casa para ver a Big Mama. No creo en buenaventuras ni en cosas semejantes, pero se me ocurre que también podría creer

— Como quieras. Sin embargo, no me parece necesario.

— Supongo que tengo que marcharme ahora —dijo F. Jasmine. Pero siguió aguardando en la puerta cada vez más oscura, sin marcharse. Los ruidos del crepúsculo estival se cruzaban con el silencio de la cocina. El señor Schwarzenbaum había terminado de afinar el piano, y durante el último cuarto de hora había estado tocando piececillas. Tocaba música aprendida de memoria en el papel, y era un viejo ágil y nervioso que hacía pensar a F. Jasmine en una araña plateada. Su música era también nerviosa y atiesada, y tocaba valsos levemente sacudidos y nerviosas canciones de cuna. Más lejos, en la misma manzana, una solemne radio anunciaba algo que no se podía oír. En el jardín posterior de casa de los O'Neil, allí al lado, los niños se llamaban a gritos y daban golpes a una pelota. Los sonidos de la tarde se borraban unos a otros y se desvanecían en el aire del crepúsculo cada vez más oscuro. La propia cocina estaba muy callada.

— Escucha —dijo F. Jasmine—. Lo que he intentado decir es esto. ¿No te choca, como una cosa extraña, que yo sea yo y tú seas tú? Yo soy F. Jasmine Addams y tú eres Berenice Sadie Brown. Y podemos mirarnos una a otra y tocarnos y estar juntas un año

y otro año en una misma habitación. Pero yo sigo siendo yo y tú eres tú. Y yo no puedo ser nadie más que yo, y tú no puedes ser nadie más que tú. ¿Has pensado en eso alguna vez? ¿Y no te parece extraño?

Berenice se había estado meciendo lentamente en su asiento. No estaba en una mecedora, pero se recostaba hacia atrás en la silla y luego dejaba que las patas delanteras tocasen el suelo con un ligero golpe, mientras ella, con su oscura mano rígida, se agarraba al borde de la mesa para mantener el equilibrio. Dejó de mecerse cuando F. Jasmine habló. Y finalmente, dijo:

—Alguna vez he pensado en eso. Era la hora en que las formas, en la cocina, oscurecían y florecían las voces. Ellas hablaban despacio y sus voces se abrían como flores, si los sonidos pueden parecer flores y las voces florecer. F. Jasmine permanecía con las manos cruzadas detrás de la nuca mirando a la habitación en sombras. Tenía la sensación de que en su garganta había palabras desconocidas y estaba dispuesta a decirlas. Extrañas palabras florecían en su garganta y había llegado el momento de nombrarlas.

—Mira —dijo—, veo un árbol verde. Y para mí es verde y tú también dirías que es un árbol verde. En eso estaríamos de acuerdo. Pero el color que tú ves como verde, ¿es el mismo que me parece verde a mí? O imagina que las dos decimos que un color es negro. ¿Cómo sabemos que lo que tú ves negro es del mismo color que lo que me parece negro a mí? Berenice dijo, después de un momento:

—Ésas son cosas que sencillamente no podemos probar. F. Jasmine se restregó la cabeza contra la puerta y se llevó la mano al cuello. Su voz vaciló y se extinguió:

—De todos modos, no es eso lo que yo quería decir.

El humo del cigarrillo de Berenice, amargo y cálido, permanecía estancado en la habitación. John Henry iba y venía a trompicones entre el fogón y la mesa, en los zapatos de tacón alto. Detrás de la pared se oía el ruido de una rata.

—Lo que yo quiero decir es esto —dijo F. Jasmine—. Tú vas por la calle y te encuentras a alguien. A cualquiera. Y os miráis uno a otro, y tú eres tú y él es él. Cuando os miráis uno al otro, los ojos establecen un enlace. Y luego tú te vas por tu lado y él se marcha por el suyo. Os vais a distintas partes del pueblo, y quizás no os volváis a ver nunca más en toda vuestra vida. ¿Ves ahora lo que quiero decir?

—No del todo —dijo Berenice.

—Estoy hablando de este pueblo —dijo F. Jasmine en voz más alta—. Hay por ahí toda esa gente que no conozco ni siquiera de vista o de nombre. Y pasamos unos al lado de otros sin que haya entre nosotros ningún enlace. Y ellos no me conocen ni yo a ellos. Y ahora yo voy a marcharme del pueblo y ahí está toda esa gente a quien nunca conoceré.

—¿Pero a quién quieres conocer? —preguntó Berenice.

—A todos. A todo el mundo. A toda la gente del mundo —replicó F. Jasmine.

—Pues quisiera que escuchases lo que te digo —dijo Berenice—. ¿Qué me dices de gente como Willis Rhodes? ¿Y de los alemanes? ¿Y de los japoneses? F. Jasmine volvió a dar con la cabeza en el quicio de la puerta y miró al techo oscuro. Su voz se quebró, y volvió a decir:

—No es eso lo que yo digo. No es eso de lo que estoy hablando.

—Bueno, entonces ¿de qué estás hablando? —preguntó Berenice. F. Jasmine movió la cabeza, casi como si no supiera. Su corazón estaba oscuro y silencioso, y de su corazón florecían y se abrían las palabras desconocidas, y ella esperaba a darles un nombre. De la puerta de al lado se oían los gritos vespertinos de unos niños que jugaban al béisbol y el largo chillido batteruup, batteruup, y, después, el seco choque de una pelota, y el ruido del bate arrojado al suelo, y carreras y gritos. La

ventana era un rectángulo de pálida luz clara y un niño corría por el jardín y bajo el emparrado persiguiendo la pelota. El chiquillo iba rápido como una sombra y F. Jasmine no le vio la cara: los faldones de su camisa blanca ondeaban sueltos detrás de él como extrañas alas. Más allá de la ventana, el crepúsculo iba prolongándose, pálido y tranquilo.

—Vamos a jugar fuera, Frankie —murmuró John Henry—. Por el ruido parece que se están divirtiendo la mar.

—No —dijo F. Jasmine, ve tú.

Berenice se agitó en su silla y dijo:

—Supongo que podemos encender la luz.

Pero no la encendieron. F. Jasmine sentía que las palabras no dichas se le pegaban a la garganta y un sofocado mareo le hacía gruñir y golpearse la cabeza contra el quicio de la puerta. Por último, exclamó de nuevo, en voz aguda y desgarrada:

—Esto.

Berenice esperó, y como ella no volvió a hablar, le preguntó:

— ¿Pero qué diablos te ocurre? F. Jasmine no acertaba a decir las palabras desconocidas, de modo que al cabo de un minuto golpeó la puerta con la cabeza por última vez y después empezó a caminar alrededor de la mesa de la cocina. Andaba delicadamente con las piernas tiesas, porque se sentía mareada y no quería que se revoliesen los diferentes alimentos que había tomado y se mezclasen dentro de su estómago. Empezó a hablar deprisa y en voz aguda, pero las palabras no eran las que convenían ni las que ella se había propuesto decir.

— ¡Estupendo! ¡Fenomenal! Cuando nos salgamos de Winter Hill vamos a ir a más sitios de los que tú has imaginado nunca, ni siquiera has sabido que existieran. Exactamente dónde iremos primero, no lo sé, ni tiene importancia. Porque después de ir a un sitio iremos a otro. Pensamos estar siempre en movimiento, los tres, hoy aquí, mañana allí. Alaska, China, Islandia, Sudamérica. Viajando en tren. Zumbando en moto. Volando alrededor de todo el mundo, en avión, hoy aquí, mañana allí. Por todo el mundo. Eso es, ¡qué diablos! ¡Fenomenal!

F. Jasmine abrió de una sacudida el cajón de la mesa y hurgó en busca del cuchillo de cocina. No necesitaba el cuchillo de cocina para nada, pero quería algo para empuñarlo y blandirlo mientras corría alrededor de la mesa.

—Y hablando de las cosas que nos ocurrirán —dijo—. Las cosas ocurrirán tan deprisa que apenas tendremos tiempo de darnos cuenta. El capitán Jarvis Addams hunde doce barcos de guerra japoneses y es condecorado por el Presidente. Miss F. Jasmine Addams bate todas las marcas. Mrs. Janice Addams es elegida Miss Naciones Unidas en un concurso de belleza. Una copa después de otra, tan deprisa que apenas podremos darnos cuenta.

—Estáte quieta, loca —dijo Berenice—. Y suelta ese cuchillo.

—Y les conoceremos. A todos. No haremos más que tropezar con la gente y en seguida les conoceremos. Iremos por una carretera oscura y veremos una casa iluminada; llamaremos a la puerta y unos desconocidos correrán a nuestro encuentro y nos dirán: «¡entren, entren!». Conoceremos aviadores condecorados, y gente de Nueva York y estrellas de cine. Tendremos millares de amigos, millares y millares y millares de amigos. Perteneceemos a tantos clubes que no podremos ni siquiera seguirles la pista. Seremos miembros del mundo entero. ¡Estupendo! ¡Fenomenal!

Berenice tenía el brazo derecho muy vigoroso y largo, y la próxima vez que F. Jasmine pasó a su alcance, mientras corría alrededor de la mesa, el brazo se extendió y la sujetó por la enagua con tanta rapidez y fuerza que le dio una sacudida y le hizo crujir los huesos y rechinar los dientes.

— ¿Te estás volviendo loca de remate? —preguntó. El largo brazo atrajo a F. Jasmine más cerca y la rodeó por el talle—. Estás sudando como una mula. Agáchate y déjame que te toque la frente. ¿Tienes fiebre?

F. Jasmine tiró de una de las trenzas de Berenice y fingió que iba a aserrarla con el cuchillo.

— Estás temblando —dijo Berenice—. De veras creo que te ha dado fiebre de tanto andar por el sol hoy. Niña, ¿seguro que no estás enferma?

— ¿Enferma? —preguntó F. Jasmine—. ¿Quién? ¿Yo?

— Siéntate aquí, en mi regazo, y descansa durante unos minutos.

F. Jasmine dejó el cuchillo encima de la mesa y se acomodó en el regazo de Berenice. Se echó hacia atrás y apoyó su cara en el cuello de Berenice; su cara estaba sudada y el cuello de Berenice también, y ambas olían salado, agrio y fuerte. Su pierna derecha colgaba por encima de la rodilla de Berenice y estaba temblando; pero, cuando apoyó los dedos del pie en el suelo, la pierna dejó de temblar. John Henry se dirigió trompicando hacia ellas en sus zapatos de tacón alto, y un poco celoso se acercó a Berenice rodeándole el cuello con los brazos y agarrándosele a una oreja. Luego, al cabo de un momento, intentó echar a F. Jasmine del regazo y la pellizcó, con un pellizco pequeño y traidor.

— ¡Deja a Frankie sola! — dijo Berenice—. No te molesta nada.

Él hizo un ruido quejumbroso:

—Estoy malo.

—Ahora no, no lo estás. Estáte quieto y no envidies a tu prima este poquito de cariño.

—Esa grandullona de Frankie es una egoísta y una mandona —se lamentó con voz aguda y triste.

— ¿Qué hace ahora para ser tan egoísta? Sólo está aquí echada porque se cansó.

F. Jasmine volvió la cabeza y apoyó su rostro contra el hombro de Berenice. Sentía contra su espalda los grandes pechos suaves de Berenice, y su tripa ancha y blanda, y sus calientes y sólidas piernas. Había estado respirando muy deprisa, pero al cabo de un minuto su jadeo se calmó de modo que respiraba a compás con Berenice; las dos estaban tan juntas como un solo cuerpo, y las manos rígidas de Berenice estaban cruzadas sobre el pecho de F. Jasmine. Estaban de espaldas a la ventana y delante de ella la cocina estaba casi totalmente oscura. Fue Berenice la que finalmente suspiró y comenzó a sacar la conclusión de su extraña conversación última.

—Me parece que tengo una vaga idea de adónde ibas a parar —dijo—. Todos nosotros estamos como aprisionados. Nacemos de esta manera o de aquella otra y no sabemos por qué. Pero, sea como sea, estamos aprisionados. Yo nací Berenice; tú naciste Frankie, y John Henry nació John Henry. Y quizás queremos abrirnos paso y campar libremente. Pero, hagamos lo que hagamos, seguimos presos. Yo soy yo y tú eres tú y él es él. Cada uno de nosotros está como prisionero de sí mismo. ¿No es eso lo que querías decir?

—No sé —dijo F. Jasmine—. Pero lo que no quiero es estar presa.

—Ni yo —dijo Berenice—. Ninguno de nosotros. Y yo estoy presa peor que tú.

F. Jasmine comprendió por qué lo había dicho, y fue John Henry quien preguntó con su voz de niño:

— ¿Por qué?

—Porque soy negra —contestó Berenice—. Porque soy de color. Todo el mundo está prisionero de un modo u otro. Pero han puesto unas cadenas completamente especiales alrededor de toda la gente de color. Nos han dejado apretujados y solos en un rincón. Así que nosotros estamos prisioneros de esa manera que primero te he dicho, como lo

están todos los hombres. Pero también estamos prisioneros como gente de color. A veces un chico como Honey tiene la sensación de que no puede respirar ni un momento más. Le parece como si hubiera de romper algo o romperse él. A veces esto es más de lo que podemos soportar.

—Ya lo sé —dijo F. Jasmine—. Y quisiera que Honey pudiera hacer algo.

—Está como desesperado.

—Sí —dijo F. Jasmine—. A veces yo también tengo la sensación de que necesito romper algo. Me parece como si quisiera echar abajo el pueblo entero.

—Ya te lo he oído decir —dijo Berenice—. Pero eso no serviría de nada a nadie. La cosa está en que todos estamos presos y de un modo u otro intentamos liberarnos. Por ejemplo, yo y Ludie. Cuando estaba con Ludie murió. Andamos por ahí intentando ahora una cosa ahora otra, pero, de cualquier modo, siempre estamos presos.

La conversación casi asustaba a F. Jasmine. Seguía muy junta a Berenice, y una y otra respiraban muy despacio. No podía ver a John Henry, pero le sentía; el niño se había subido por los travesaños de la silla y estaba acariciando la cabeza de Berenice. La agarraba por las orejas, porque un momento después ella dijo:

—Rico, no me tires así de las orejas. No tengas miedo de que Frankie y yo vayamos a subir flotando hacia el techo y te dejemos.

El agua goteaba lentamente en el fregadero y la rata daba golpes al otro lado de la pared.

—Creo que entiendo lo que estabas diciendo —dijo F. Jasmine—. Pero al mismo tiempo casi podías haber empleado la palabra *sultos* en lugar de *presos*, aunque sean dos palabras opuestas. Quiero decir que vas por ahí y ves a toda la gente, y a mí me parece que andan *sultos*.

—¿Como fieras, quieres decir?

—Oh, no. Quiero decir que no se ve lo que junta unos a otros. No sabes de dónde vienen ni adónde van. Por ejemplo, ¿por qué razón hubo alguien que vino a este pueblo por primera vez? ¿De dónde viene toda esta gente y qué van a hacer? Piensa en todos esos soldados.

—Nacieron —dijo Berenice— y van a morir.

La voz de F. Jasmine se hizo delgada y aguda.

—Ya lo sé —dijo—. Pero todo eso, ¿por qué? Gente suelta y al mismo tiempo presa. Presa y suelta. Toda esa gente, y tú no tienes idea de qué es lo que les junta. Debe de haber alguna razón, alguna conexión, y sin embargo no se me ocurre cómo nombrarla. No sé.

—Si lo supieras, serías Dios —dijo Berenice—. ¿No sabías eso?

—Quizás sí.

—Sólo sabemos un poco. Luego, más allá, ya no sabemos más.

—Pero yo quisiera saber. Sentía agujetas en la espalda, y se agitó y se estiró en el regazo de Berenice, con las largas piernas extendidas debajo de la mesa.

—Sea como sea, después que salgamos de Winter Hill ya no voy a tener que preocuparme más por las cosas.

—Tampoco tienes que preocuparte ahora. Nadie te obliga a resolver los problemas del mundo. —Berenice suspiró profundamente de un modo significativo, y añadió—:

Frankie, tienes el paquete de huesos más afilados que he sentido en mi vida.

Esto fue una fuerte insinuación para que F. Jasmine se levantara. Daría la luz, tomaría uno de los pastelillos del fogón y saldría a terminar sus asuntos en el pueblo. Pero por un momento siguió allí, con el rostro apretado contra el hombro de Berenice. Los ruidos de la tarde de verano llegaban de lejos y entremezclados.

—Yo nunca dije exactamente de qué estaba hablando —dijo finalmente F. Jasmine—. Pero aquí está. No sé si alguna vez has pensado en ello. Ahora estamos aquí, exactamente ahora. En este preciso momento. Ahora. Pero mientras estamos hablando ahora mismo, este minuto está pasando y no volverá nunca más. Nunca más en toda la vida. Una vez pasó, pasó. No hay poder en la tierra que sea capaz de hacerlo volver. Se ha ido. ¿Has pensado alguna vez en esto?

Berenice no contestó, y la cocina estaba ya a oscuras. Los tres seguían sentados en silencio, muy juntos, y cada uno podía sentir y oír la respiración de los otros dos. Y, de pronto, sucedió, aunque ninguno de ellos supo cómo ni por qué: los tres rompieron a llorar. Empezaron exactamente en el mismo momento, del modo que tan a menudo en aquellas tardes de verano habían empezado a cantar. A menudo en la oscuridad, aquel agosto, empezaban de pronto a cantar todos juntos una canción de Navidad, o una canción como Slitbelly Blues.

Algunas veces sabían de antemano lo que iban a cantar y se ponían de acuerdo entre sí sobre la melodía. Pero otras veces no coincidían y empezaban tres canciones diferentes a la vez, hasta que al fin las tonadas se iban fundiendo y cantaban una música especial hecha por las de los tres juntos. John Henry cantaba en voz aguda y quejumbrosa, y cualquiera que fuese el nombre de la canción siempre sonaba lo mismo: una nota alta y temblorosa que se cernía como un techo musical sobre el resto del canto.

La voz de Berenice era oscura, precisa y profunda, y ella además marcaba el compás con el talón. La antigua Frankie cantaba arriba y abajo por el espacio intermedio entre John y Berenice, de tal modo que sus tres voces se unían y las partes del canto se entretejían unas con otras.

De ese modo cantaban, y sus tonadas eran dulces y extrañas, en la cocina de agosto, después de anochecer. Pero nunca hasta aquel día se habían echado de pronto a llorar; y, aunque sus razones fuesen tres razones diferentes, los tres habían empezado en el mismo momento como si se hubiesen puesto de acuerdo. John Henry estaba llorando porque tenía celos, aunque más tarde intentó decir que lloraba a causa de la rata que había detrás de la pared. Berenice estaba llorando por la conversación que habían tenido sobre la gente de color, o por Ludie, o quizá porque los huesos de F. Jasmine eran verdaderamente puntiagudos. F. Jasmine no sabía por qué lloraba. Pero la razón que dio fue por tener el pelo tan mal cortado y los codos tan llenos de costras. Estuvieron llorando en la oscuridad durante cosa de un minuto y luego cesaron tan repentinamente como habían empezado. Aquel sonido desacostumbrado había acallado a la rata al otro lado de la pared.

— ¡Levántate de ahí! —dijo Berenice. Se quedaron de pie alrededor de la mesa de la cocina y F. Jasmine encendió la luz. Berenice se rascó la cabeza y sorbió un poco con la nariz—. La verdad es que somos gente triste. No sé por qué nos hemos puesto así.

La luz fue repentina y dura después de la oscuridad. F. Jasmine abrió el grifo del fregadero y puso la cabeza bajo el chorro del agua. Berenice se limpió la cara con un trapo de secar los platos y se dio unos golpecitos a las trenzas delante del espejo. John Henry se quedó de pie como una vieja enana, con su sombrero rosa con su pluma y sus zapatos de tacón alto. Las paredes de la cocina estaban claras y absurdamente dibujadas. Los tres parpadearon mirándose unos a otros bajo la luz, como si fueran tres desconocidos o tres fantasmas. Entonces se abrió la puerta delantera y F. Jasmine oyó a su padre que avanzaba despacio por el vestíbulo. Ya empezaban a acudir las mariposas nocturnas a la ventana, apretando sus alas contra la tela metálica, y por fin había terminado la última tarde en la cocina.